

# Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D.  
CERVANTES



## **En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: estado de la cuestión y nuevas aportaciones**

**Adolfo J. Domínguez Monedero**

**Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones** [Web]



Página mantenida por el Taller Digital de la Universidad de Alicante

[Texto publicado previamente en *Caesaraugusta* 65, 1988, pp. 23-76 y editado aquí en formato digital por cortesía del autor.].

## **EN TORNO A ALGUNOS ASPECTOS SOCIO-ECONÓMICOS DE LA CULTURA VACCEA: ESTADO DE LA CUESTIÓN Y NUEVAS APORTACIONES**

Adolfo J. Domínguez Monedero

### I

Mucho se ha escrito, desde hace considerable tiempo, antes, incluso, del célebre polígrafo aragonés Joaquín Costa, acerca de uno de los pueblos prerromanos de nuestra Península, y sobre una peculiaridad que lo haría diferente del resto de pueblos que las fuentes clásicas greco-latinas atestiguan en el panorama peninsular en el momento en que Roma vuelve su mirada a la misma, como heredera directa del imperialismo púnico. Nos estamos refiriendo, concretamente, al pueblo vacceo, y la peculiaridad a que hacemos referencia viene contenida en el libro V, capítulo 34 de la «Biblioteca Histórica» del griego occidental Diodoro Sículo.

Nuestro propósito no es simplemente engrosar la relación de títulos que tratan más o menos directa o incidentalmente, de los problemas que dicho texto, y dicho pueblo, en general, plantean, sino, más bien, volver al testimonio de dicha fuente histórica, por lo general bastante desprestigiada por la historiografía de todos los tiempos, y plantear una serie de problemas que pueden presentarse a varias de las teorías y opiniones que actualmente circulan y, en la medida de lo posible, aportar la nuestra propia.

### II

Los vacceos se considera que forman parte del grupo de pueblos célticos, opinión que viene siendo mantenida mayoritariamente hasta la actualidad. Bosch-Gimpera (1942:748), incluso, llegaba a precisar más: los vacceos, junto con los aurini, velegienses, origeviones, caristii, autrigones, berones, suessiones, belli, titti, y turmodigi, pertenecerían a una oleada de celtas belgas que, en una fecha que él no precisa con exactitud, pero que, de hecho, sería posterior al 600 a. C., penetran en la Península. Una vez dentro, o tal vez antes de su penetración, algunas ramas se escindirían; concretamente, del pueblo de los bellovaci, surgirían los belli, y los vacci o vacceos, que a su vez tendrían una

prolongación extrema en los arévacos (are-vaci). Esta opinión, en líneas generales, puede verse aún plenamente aceptada por Maluquer (1954:12) aunque, sin embargo, critica la consideración de los arévacos como componentes del mismo conjunto. La última edición, de 1976, sigue siendo una reimpresión de la de 1954.

En obras mucho más recientes, aun a pesar de seguir manteniendo la procedencia céltica de este pueblo, queda mucho menos claro su origen concreto o su adscripción a algún grupo general más amplio.

También hay y ha habido tendencia a englobar a los vacceos dentro del complejo celtibérico por unas supuestas características comunes y sobre la base, en ocasiones, de los propios testimonios de las fuentes. Acerca de su diferenciación pueden citarse los siguientes testimonios:

— Plinio, N.H., 3, 19: «Junto a ellos (los carpetanos), los vaccaei, vettones y celtiberi arevaci». (García Bellido, 1947:130).

— Plinio, N.H., 3, 26: «También van a él (al Conventus Cluniensis) los pelendones, celtiberi, con cuatro pueblos de entre los cuales fueron famosos los numantini. De las 17 ciudades de los vaccaei destacan las de los intercatienses, palantini, lacobrigenses y caucenses». (García y Bellido, 1947: 133-134).

— Estrabón, III, 3, 4: «Sigúeles el Dourios, de lejanas fuentes, que pasa junto a Numancia y otras muchas ciudades de los celtíberos y vacceos». (García y Bellido, 1945:114).

— Estrabón, III, 4, 12: «Hacia el Oeste (de los Celtíberos), habitan algunas tribus de los astures, de los galaicos y de los vacceos, así como también parte de los vetones y carpetanos». (García Bellido, 1945:148).

— Estrabón, III, 4, 13: «Polibio, al hablar de los pueblos vacceos y celtíberos y de las localidades que les pertenecen, cita, entre otras ciudades, las de Segesama e Interkatia». (García Bellido, 1945:148).

Igualmente, el propio texto de Diodoro, V, 34, 3, que luego comentaremos.

Está claro para Estrabón y Plinio, cuyos datos acerca de la respectiva ubicación y composición de los pueblos indígenas son de los más valiosos, que, aunque limitados, son pueblos, cuanto menos, diferenciados y en ningún momento puede dudarse de este hecho. Los celtíberos, denominación genérica que abarca 4 ó 5 pueblos (sobre esto en las propias fuentes hay contradicciones) que serían, en la Celtiberia Citerior los lusones y los titti, y en la Celtiberia Ulterior, los arevaci, belli y pelendones, no engloban a los vacceos, pues, a pesar de opiniones como las de H. Hubert (1932:87) y Adolf Schulten (1914:248), para quienes los vacceos serían también celtíberos en el sentido de iberos más o menos impregnados de elementos celtas, aunque el proceso podría haberse desarrollado de dos formas, o bien celtas que han penetrado en territorio iberizado, o bien iberos que han penetrado en territorio celta. Estas opiniones están hoy ampliamente superadas y puede verse cómo son fruto de la aplicación de unos criterios y nomenclaturas preconcebidas, a una realidad concreta.

Por las fuentes se sabe, como hemos apuntado anteriormente, que el término celtíbero engloba a una realidad muy concreta, a una serie de pueblos, 4 ó 5 ; luego todos aquellos que no formen parte de los mismos, no son celtíberos. Sin embargo, hay quien ha querido, a partir de las imprecisiones, en ocasiones, de las fuentes, identificar como el quinto pueblo del grupo celtíbero a los vacceos (Wattenberg, 1960:154). Arqueológicamente, la cultura vaccea se halla representada en yacimientos como las Cogotas, La Osera, Miraveche, Monte Bernorio y Soto de Medinilla, entre otros (Wattenberg, 1955:179; Montenegro, 1972:104), aunque no en todas sus fases. La cronología de dicha cultura, en lo que se refiere al aspecto material, es bastante baja, situándose en el tránsito del siglo IV al III a.C., a lo que parece (Wattenberg, 1959:175). Una cosa muy distinta es entrar en el campo de la composición de estos celtíberos. En este sentido, el concepto celtíbero no tiene ya esta limitación, sino que estaría haciendo referencia a la participación de una serie de elementos culturales (cuando no étnicos, según las más antiguas de las teorías) de origen diverso, que puede que afecte a más entidades, además de a los celtíberos «sensu strictu».

Siguiendo a Bosch-Gimpera (1934:565), podemos ver que Schulten, aunque reconociendo la mezcla de iberos y de celtas, creía predominante el elemento ibérico, especialmente por el carácter del pueblo, mostrado durante la guerra celtibérica, que a él le parecía más belicoso, como propio de los iberos, que el carácter más pacífico de los pueblos celtas de España. Sin embargo, el mismo autor no puede dejar de reconocer la importancia de los elementos célticos entre los numantinos, cuyos círculos dirigentes considera célticos. Schulten insiste también en el hecho de que, a partir de Eratóstenes, se considera el elemento ibérico como predominante en la Península, de donde procedería el nombre de Iberia que se le da a toda ella, así como el mismo nombre de Celtíberos que, según las reglas de composición de las palabras compuestas griegas, habría que creer que el elemento predominante es el segundo. En los celtíberos, siendo el elemento predominante el segundo, serían «Keltische Iberer», iberos célticos, es decir, iberos que han penetrado en territorio céltico, iberos más o menos celtizados por las mezclas con los vencidos, que en este caso serían los celtas; los otros elementos tendrían solamente el valor de una supervivencia y no serían «iberische Kelten», celtas ibéricos, en cuyo caso habría sido todo lo contrario, dominadores célticos en territorio ibérico, siendo el elemento céltico el propio del país y el ibérico la supervivencia del estado de cosas anterior. Así, Schulten cree que los celtíberos son verdaderos iberos, aunque con mezcla celta que supone precedente de los anteriores ocupantes de su territorio, de acuerdo con su teoría de la prioridad de los celtas con relación a los iberos en la Meseta. No obstante, descubrimientos recientes como el bronce celtibérico de Botorríta (vid. infra) han permitido extender la presencia celtibérica más hacia el Este, hacia territorios previamente considerados como ibéricos, lo cual tiene bastante importancia a la hora de considerar la credibilidad de esta teoría.

Particularmente, mi opinión es distinta. Creo que más bien hay que pensar en el establecimiento de masas célticas (o celtizadas) en aquellos territorios, posiblemente en un tiempo poseídos por «iberos» (en sentido de habitantes de Iberia, o Península Ibérica, más que con alguna connotación étnica). Pienso, igualmente, que no hay motivo para desechar el testimonio de Estrabón cuando dice que los celtas son los mismos que hoy se llaman berones y celtíberos (III, 4, 5). En este caso, del mismo modo que los celtas adquieren el nombre de berones (sin duda el de alguna de sus tribus o pueblos), no es imposible que celtíberos pase a ser denominación de otro colectivo de pueblos que, como hemos visto, tienen sus nombres individualizados (arévacos, lusones, pelendones, bellos y titios). La explicación puede ser fácil. Más que suponer mezclas raciales entre pueblos ibéricos y célticos, ya fuese invasión céltica o ibérica sobre el substrato existente, y más que pensar incluso en influencias culturales que, de hecho, existen, aunque pueden ser de época posterior al asentamiento del pueblo, creo que puede entenderse el término «celtibérico», como celtas que habitan en Iberia, es decir, en la Península Ibérica, sin que presuponga ningún concepto de mezcla de etnias o culturas.

Incluso, yendo más allá, cabría restringir esta denominación a los celtas que habitan en la Iberia, es decir, en torno al río Iber o Ebro, lo que limitaría más aún la identificación de estos pueblos que, en un principio, abarcaría básicamente a los celtíberos citeriores (y puede que tampoco a todos), de donde esta denominación se extendería hasta abarcar al resto de los celtíberos. Quizá sea esta una explicación más plausible ya que permitiría diferenciar, dentro de la Península, incluso, a los distintos grupos de celtas.

Según lo antes expresado, pues, celtíbero tendría un valor meramente locativo y sin connotaciones de otro tipo. Es sabido que el término «ibero» para Estrabón (como seguramente para los autores que emplea como fuentes de su conocimiento), es la denominación de cualquier habitante de Iberia, sea cual sea el lugar donde vive. Así, Estrabón llama ibero tanto al habitante de la cornisa cantábrica como al de la Turdetania. Es en este sentido en el que estaría empleada la palabra «ibero» del segundo componente de la palabra «celtibero». No sería ni más ni menos que un pueblo celta establecido en Iberia, que es como decir en la Península Ibérica. Que posteriormente haya habido mezclas, o intercambios, no tiene ya nada que ver. Que fuesen los iberos los que han invadido el territorio celta, o viceversa, tampoco. Que el segundo término, ibero, está aclarando el lugar del asentamiento de estos celtas, a nuestro juicio es lo más probable.

De esta forma, pues, celtíbero, igual a celta que habita en Iberia, para distinguirlo del que habita en la Galia o en cualquier otro sitio. Estrabón, al hablar en su obra de los distintos pueblos de la «oikoumene» sabe que en otros lugares también hay celtas. Los que habitan en la Península, concretamente, son los celtíberos. Los primeros romanos que tomaron contacto con ellos también lo sabrían, porque ya habría tenido la oportunidad de conocer a otros celtas (por ejemplo, a los que viven en la Galia, a quienes llaman

galos). A estos celtas que se encuentran en Iberia, y teniendo en cuenta que los primeros historiadores que tratan de estos pueblos son griegos, y que para éstos la Península se llamaba Iberia, se les da el nombre compuesto de celtíberos que equivale a nuestro juicio, únicamente, repetimos, a celto-hispano, a celta que habita en Hispania.

Puede ponerse como reparo algo que también mencionaba antes, el hecho de que estos celtas de la Meseta no parecen ser los únicos atestiguados en la Península, por lo que este término no tendría tal connotación. Para resolver esta cuestión, podría recurrir a lo siguiente: el término Iberia que llegará a denominar a toda la Península, parece que proviene del nombre de un río, el Iber. Puede que este Iber que daría nombre a la Península no sea el actual río Ebro (también llamado Iber), sino como apuntaba García y Bellido (1945:51) un río de la zona de Huelva. Es algo que creo que es discutible, así como su argumentación, pero que tampoco es obstáculo para nuestra teoría. La región en torno al actual río Ebro debió llamarse Iberia, del mismo modo que la región en torno al Betis fue llamada Bética. El propio Estrabón corrobora esto (III, 4, 19) y que aquí habitaban unos pueblos «ibéricos», concretamente los «igletes», a pesar de la opinión de García y Bellido. Cabe dentro de lo posible, por otra parte, que según van conociendo los griegos a los pueblos más del interior, se encuentran con pueblos celtas, que reciben de ellos el nombre de «keltiberes». Cuando Iberia pasa a designar a toda la Península, el término celtíberos, ya acuñado, sigue sirviendo su propósito, refiriéndose a los pueblos celtas por antonomasia, esto es, los primeros de que se tuvo noticia. El resto de los pueblos celtas que se mencionan, fuera de este área, suelen recibir el nombre de sus propias organizaciones tribales. Un ejemplo significativo puede ser el de los berones antes mencionados. Esta problemática y estado de la cuestión ha sido recientemente sintetizada por Koch (1976:389 ss), desde el punto de vista histórico, y por Schüle (1979) desde el punto de vista arqueológico.

Pero además, creemos que pueden aducirse otros datos más a favor de esta filiación que hemos defendido para los celtíberos. Entre estos está su lengua, conservada en inscripciones, tanto en alfabeto ibérico como latino. Esto ya nos está indicando una gran modernidad en las mismas.

De ellas, las más importantes conocidas son las de Peñalba de Villastar, el bronce de Luzaga y, más recientemente, el bronce de Botorrita. En ellas, el lenguaje muestra unos rasgos muy claramente indoeuropeos (Gómez Moreno, 1949:209; Beltrán, 1981:17; 1981:126; Tovar, 1948:77; 1952:805; 1973:367-368; Rodríguez Adrados, 1976:25; Fleuriot, 1979:169) que, incluso, parecen ser útiles a la hora de una reconstrucción filológica del celta común, presentando bastante arcaísmos (Schmidt, 1974); también presenta elementos ibéricos, elementos que, teniendo en cuenta lo tardío de las inscripciones (en torno a principios del siglo I a. C. para el bronce de Luzaga, y mediados del mismo siglo para el de Botorrita), permite suponer una importante penetración cultural (al menos) ibérica, máxime si tenemos en cuenta la «superioridad» de dicha

cultura, más abierta a las influencias mediterráneas que las zonas del interior. Por ello seguimos pensando que en la lengua hablada por los celtíberos, tiene mayor peso el elemento indoeuropeo que el ibérico, a pesar de que los brillantes argumentos del Dr. Pérez Rojas (1980:741, 817, 821, 825, 864), desemboquen en la consideración de la lengua celtibérica como una lengua mezcla de un dialecto ibérico contestano, con elementos célticos, predominando la estructura de aquél.

Además, contamos con los testimonios epigráficos y arqueológicos. La epigrafía demuestra que una institución tan indoeuropea como las gentilitates se desarrolla de modo particularmente importante en la zona de la cabecera del Duero y valle medio del Ebro, y no en territorio vacceo (Albertos, 1975; 1981; Faust, 1979:452). De la misma manera, la antroponimia prerromana de origen celta se centra especialmente en el área de Celtiberia, apareciendo también muy pocos testimonios en el área vaccea (Albertos, 1976:7-86; 1979:131-134); lo mismo ocurre con los topónimos de origen celta, muy abundantes en Celtiberia, pero casi inexistentes en el territorio vacceo (Faust, 1976).

El reconocimiento del carácter netamente céltico de los habitantes de la Meseta Oriental es cada vez más ampliamente admitido, merced a todas estas pruebas, abandonadas ya mayoritariamente las opiniones antes mencionadas que veían en los celtíberos mezclas más o menos reales de elementos distintos. Creo, pues, que debe ser considerada la interpretación de celtíberos que viven en Iberia. Arqueológicamente, puede verse cómo un elemento tan típicamente celta como los broches de cinturón, aparecen básica y mayoritariamente en la cabecera del Duero (Cerdeño, 1978:287), estando también allí las formas más antiguas (288) y las más representativas (290), oscilando la cronología de los mismos desde el siglo XII al V a. C. (295-297). En el aspecto cerámico, parece demostrarse que la cerámica celtibérica típica (que en esta ocasión encuentra una mayor dispersión también en territorio vacceo), aunque en sus decoraciones presenta influencias ibéricas, no es así ni en sus tipologías, radicalmente diferentes a éstas, ni en la temática de sus representaciones pictóricas que muestran una tradición totalmente distinta de la ibérica y que puede considerarse céltica. Pero, incluso, dentro de dichas cerámicas, aparecen aún mayores diferencias en las procedentes del valle inferior del Pisuerga (Wattenberg García, 1978), lo que igualmente, creo, viene a demostrar la personalidad vaccea frente al resto de los pueblos limítrofes, especialmente celtíberos, con los que no deben confundirse ni asimilarse, a pesar de que la influencia, especialmente cultural, de éstos sobre los vacceos, haya sido importante.

Con todas estas disquisiciones nos hemos apartado un tanto del objeto principal del presente trabajo, que se centraba básicamente en el pueblo vacceo.

Creemos que queda suficientemente claro que los vacceos, en principio, nada tienen que ver con los celtíberos; al menos, no forman parte constituyente de los mismos.

Esta cuestión puede llevar a que nos hagamos una serie de preguntas. En primer lugar la de si no quedan englobados dentro de los celtíberos, ¿es por que sus características culturales son distintas? En este caso, ¿cuáles son estas características que los separan? Pero sabemos que los vacceos y los arévacos (pueblo celtíbero), mantienen en muchas ocasiones una política anti-romana común, de donde cabe suponer que hay una serie de elementos comunes, por lo que la siguiente cuestión sería la de ¿cuáles son esos elementos comunes?

Vamos a tratar de responder conjuntamente a estas cuestiones. Si los vacceos no figuran junto a los celtíberos, es porque no lo son; es decir, no son celtas (en contra de las opiniones a que antes aludíamos y de las que veremos después) o, al menos, no son mayoritariamente celtas. Esto puede verse apoyado por algunos factores a que haremos referencia más adelante. Sin embargo, y como hemos dicho, y las fuentes confirman, vacceos y arévacos mantienen por lo general buenas relaciones; las afinidades pueden prevenir, en parte, de su vecindad, aunque esto, en la mayor parte de las ocasiones es más bien motivo de discusión que de concordia (por ejemplo, las relaciones de los propios vacceos con sus vecinos occidentales y septentrionales, astures y cántabros, y con los meridionales, vetones), pero, sobre todo, de una circunstancia que ya señaló Bosch-Gimpera (1932:564), y es que, según él, son la aristocracia y las capas militares de los pueblos las que llevan nombres célticos, como también lo sería el nombre del pueblo. Quiere esto decir, a mi juicio, que una vez los celtíberos asentados en sus zonas propias, su expansión alcanza a los territorios vecinos. Sin embargo, en el caso vacceo, no se produce una suplantación total de la población anterior, sino que posiblemente lo que hay es una asimilación entre las clases dirigentes «pre-celtibéricas» y los celtíberos que, minoritariamente (sin duda porque hay una fuerte resistencia a su penetración masiva), van a constituirse en una especie de «élite» gobernante. Esto va a explicarnos la presencia, a lo que parece no muy elevada, de elementos indoeuropeos en territorio vacceo por una parte y, por otra, quizá el propio nombre 'vacceo', derivando de 'arévaco' (y no lo contrario) y también, y creemos que más importante, la solidaridad que muestran los vacceos con sus vecinos arévacos, frente a Roma. Reflejo de esto podría ser la presencia de elementos célticos en territorio vacceo, manifestada en toponimia, antroponimia, elementos de cultura material como broches de cinturón y cerámicas (vid. supra), cascos, del siglo III-II a.C. (Abasolo, 1980:114), cajas cerámicas de significado aún no del todo claro (Nieto, 1962:664), barcas solares, con posible significado funerario (Wattenberg, 1966:64), y otros elementos con aparentes simbolismos religiosos (Wattenberg, 1965:133-134; Martín Valls, 1980:160-165), y que yo creo que vienen a demostrar que «los arévacos y vacceos experimentaron una celtiberización cultural que se superpuso a sus tradiciones», como dijo Balil (1971:19), aunque, y por lo dicho anteriormente, yo no incluiría a los arévacos, plenamente celtíberos, y matizaría, como haremos en su momento, la cuestión de la superposición a su tradición, que aunque

se manifieste, hasta cierto punto, en su cultura material, creo que no se puede decir lo mismo en otros aspectos.

En la relación de las ciudades vacceas que en su importante estudio presenta Wattenberg (1959:78), aunque en algunos aspectos (como en el arqueológico y el lingüístico) ya algo anticuada, muchas de ellas presentan nombres célticos y otras varias tienen nombres que Wattenberg, siguiendo a Schulten, califica de «ligures». Independientemente de la valoración que pueda darse al elemento ligur en la protohistoria peninsular, de lo que no parece caber duda es de su carácter pre-céltico, lo que concordaría con lo que acabamos de sugerir. (Montenegro, 1972:483).

De la misma forma, la presencia de elementos indoeuropeos parece estar atestiguada en territorio vacceo en el yacimiento de El Soto de Medinilla (Valladolid), el más representativo de otros varios (Martín Valls, 1978:221), que presenta en su primera fase bastantes semejanzas con el yacimiento de Cortes de Navarra, en cuanto a la cultura material, aunque se observan profundas discrepancias en cuanto a la organización interna del poblado y su arquitectura (Delibes, 1977:81), cuyas casas son circulares; también por lo que se refiere a la cultura material, debe señalarse que junto con cerámica típicamente indoeuropea, como es la excisa, nos encontramos con una gran abundancia de cerámica de boquique, técnica netamente indígena, y que parece ser una pervivencia del campaniforme (Almagro Gorbea, 1976:104). Esto, yo pienso, parece estar indicando una presencia indoeuropea no lo suficientemente intensa como para sofocar la cultura «autóctona», de gran arraigo en la zona; nuevas penetraciones de elementos foráneos en la fase II, que son incineradores (los individuos de la primera fase puede que también lo fueran, aunque no parece excesivamente claro), para dar lugar en la fase III, al surgimiento paulatino, desde el siglo III a.C. «de las primeras cerámicas oxidantes, hechas a torno, y pintadas con motivos sencillos de carácter geométrico» (Delibes, 1977:82), que terminarán imponiéndose en el siglo II. Según Germán Delibes de Castro (1977:82), «este proceso no parece pueda deberse a una nueva aportación étnica, a la llegada de nuevas gentes, sino a un fenómeno de aculturación iniciado en el sector más oriental de la Meseta que, a su vez, habría conocido las nuevas técnicas de sus vecinos los iberos. Van a ser precisamente estas cerámicas a torno pintadas el elemento definidor en el Valle Medio del Duero del grupo vacceo, cuya presencia se constata también en el Soto de Medinilla, desbordando el recinto amurallado del poblado céltico y superponiendo a las casas circulares de los niveles antiguos, otras rectangulares, propias de este momento que llamamos Soto III».

La opinión de Palol, sin embargo, es distinta. Por lo que se refiere a las casas circulares, está de acuerdo en que su origen no es céltico, porque en el Hierro centroeuropeo céltico no aparecen, y que le inclinan a «suponer influjos más antiguos mediterráneos, reflejados desde los sepulcros megalíticos a las plantas de los poblados de la Edad del Bronce de Levante y del Sur, incluso con ejemplos tan notables como las plantas circulares del tiempo del vaso

campaniforme excavadas por el Dr. Schüle en Galera. Quizás, por tanto, puede tratarse de tradiciones indígenas de construcción que adaptan los celtas agricultores venidos del Este, y estas tradiciones serían de signo claramente Mediterráneo». (Palol, 1974:33).

Esto correspondería a las fases Soto I y II, relativas al mismo grupo humano evolucionado. El nivel III, sin embargo, correspondería al mundo vacceo; las construcciones de este nivel, y las cerámicas, no tienen nada que ver con el horizonte anterior (Palol, 1974: 35-36). La fecha inicial de los niveles I y II estaría en la mitad del siglo VII a. C. o, incluso, en el siglo VIII. La fase final, en el último cuarto del siglo III (Palol, 1974: 192). Por lo que se refiere al nivel III, hay que destacar su poblamiento disperso, con construcciones pobres (Palol, 1974: 194); aparecen molinos circulares, pesas de telar pequeñas y bien cocidas, y restos de instrumentos de labranza en hierro o asta de ciervo (Palol, 1958: 647). El poblado vacceo se halla apoyado en gran parte sobre el muro céltico, como se ha dicho, ya derruido, de los niveles I y II existiendo en dicho poblado un muro de adobes y estacas, configurando un recinto de planta oval (Palol, 1964: 275). La cronología más antigua de esas viviendas no puede ser anterior a 350 a.C., y, de hecho, en este momento, el poblado céltico hace tiempo que ha dejado de existir (Palol, 1964: 276). En el caso de Simancas, por otra parte, las excavaciones en un cenital han puesto de manifiesto una secuencia estratigráfica que va desde el 330-220 a. C. hasta el 29 a. C. dividida en varios periodos intermedios, con abundancia de cerámicas, lo que permite su correspondiente seriación tipológica y cronológica (Palol, 1974: 143-149; Wattenberg. 1978: 13-15, 192-193).

Si armonizamos las deducciones hechas por nosotros anteriormente, con los datos que nos proporciona la Arqueología que, no hay que olvidarlo, son datos reducidos de un poblado muy concreto, ya que, aunque Palol (1974: 39) menciona 50 lugares con hallazgos que deben corresponder a la cultura vaccea, en la provincia de Valladolid (el núcleo de su territorio, ninguno de ellos, salvo Soto de Medinilla ha sido excavado, vemos que, en líneas generales coinciden. Sobre unos pueblos preexistentes (de la Edad del Bronce) se asientan una o dos capas célticas que, al menos en su primer momento, no parecen acabar con el sistema de vida anterior y, en el caso de la segunda (o en el segundo momento), puede que los cambios sean también a un nivel restringido, atestiguándose, finalmente, cierta vinculación con sus vecinos celtíberos mediante la adopción de un tipo de cerámicas representativas, las cuales son a su vez una adaptación de aquéllos de lo que han aprendido de sus vecinos orientales, iberos.

Con esto, creemos, puede responderse a las cuestiones que antes formulábamos. Los Vacceos no son sustancialmente celtas aunque participen, en mayor o menor grado, de elementos célticos que provienen, en parte, del asentamiento en el territorio de algunos grupos en el momento de la penetración (en un movimiento coetáneo o próximo en el tiempo a que lleva a los celtas a Celtiberia) y, en parte, del asentamiento allí (constituyéndose en «élites»

gobernantes, tal vez pronto absorbidas), de indoeruropeos ya procedentes de Celtiberia, región con la que seguirán manteniendo estrechos lazos. Palol (1974: 35), parece situar el asentamiento de Soto I, que se continua en Soto II, hacia 800-750 a. C. Delibes de Castro (1977: 82) sitúa, como hemos visto, el inicio de Soto III, desde el siglo III a.C. Los primeros posiblemente introdujeron la agricultura, pero tal vez su número era tan reducido (relativamente), que pronto quedarán absorbidos. El aspecto indoeuropeizante de la cultura Vaccea, procederá de los celtas de Celtiberia, en un momento en que lo que iba a ser el mundo vacceo ya estaba formado.

Evidentemente, no todos los autores que han tratado el tema comparten esta opinión. Veamos, a continuación, algunas de las teorías que se han ido dando acerca del origen étnico de los Vacceos, ligado, en ocasiones, al sistema económico peculiar que practicaban, objeto principal del presente estudio, y al que dedicaremos mucha más atención en su lugar correspondiente.

Como ya vimos anteriormente, Bosch Gimpera (1942: 742) los considera como procedentes de la invasión belga, que penetra en la Península, y desplazan a otros pueblos celtas anteriores, como Sefes, Gallaeci, Turones y Olcades; por consiguiente, habría cierta identidad entre bellovaci, vacceos, arévacos y belli (Bosch, 1951: 329). Por su parte Caro Baroja, basándose en los estudios acerca del tipo de arado empleado en la zona, piensa que, tanto los vacceos, como su sistema económico, corresponden a pueblos preceltas de la Edad del Bronce, de abolengo ilirio y caucásico, como los dálmatas, getas e iberos de Asia (1943: 306). Viñas, basándose en él, acepta dicha opinión (1959: 8).

Para C. Serrano, los vacceos estaban constituidos por un elemento céltico, sobrepuesto a un sustrato indígena poco conocido (1934: 221), mientras que para Ramos Loscertales, la población vaccea es de origen celta, aunque no se mezcla con el elemento anterior, quedando como una especie de casta dominante (1941: 9).

Opiniones más modernas engloban, casi unánimemente, a los vacceos entre los celtas, como Maluquer (1954: 24) y Pericot (1980: 310), que los relacionan con los belóvacos; Montenegro (1972: 504), que considera que estos celtas han reagrupado poblaciones indígenas anteriores, y grupos protoindoeuropeos de raígrambre iliria, opinión que acepta Ventura (1976: 78). La Dra. Muñoz considera celtas a los vacceos, aunque no a su sistema económico, que debe de ser anterior (1979: 154); Suárez (1979: 35), Wattenberg García (1978: 11), Lomas (1980) y Tarradeil (1980), hacen referencia simplemente al carácter céltico de los vacceos.

En su trabajo de 1959, Federico Wattenberg hacía referencia a su posible relación con los Bellovaci (9, 179) una de las tribus que llegarían a la cuenca del Duero en el curso de las últimas invasiones célticas (18), aunque posiblemente lo hicieran junto con otros grupos diferenciados que se incluirían en esta denominación (175-176); es muy posible que su origen sea veneto-ilirio, desgajado en varias ramas, una de las cuales corresponde a los Bellovaci

(180). A partir de un vaso vacceo hallado en el poblado de El Soto de Medinilla, y datable a fines del siglo I a. C. (Wattenberg, 1961: 426), este autor lo relaciona con la cerámica del complejo de Dalj, en el Danubio Medio, uno de los focos originarios de la difusión de la cultura veneto-iliria de la 1.<sup>a</sup> Edad de Hierro, y posible raíz étnica de lo vacceo-arévaco (1961: 429). El origen no céltico, ni belga ni bajo renano, sino más bien enlazable con las culturas ilirias de tipología danubiana, para la cultura vacceo arévaca, es defendido posteriormente por el mismo autor (1963:49), sobre la base de la cerámica, cuyo origen se encuentra en el Danubio Medio (1963: 53), debiéndose el nombre de arévacos a una unión de elementos arios y vacceos (65), sin ninguna aparente unión con los elementos indígenas de la primera Edad de Hierro (67). Esto en cierto modo, también viene atestiguado por las barcas funerarias vacceas, que, además de su vinculación gala occidental, lo están también con grupos orientales norcaspianos o transucranianos, a través del Bajo Danubio y la vía del Save (Wattenberg, 1966: 64).

Aclarado este punto de la procedencia, y relacionado con él estaría el aspecto de qué lengua hablaban. Creemos no equivocarnos demasiado si afirmamos que, al menos, en el momento de la presencia romana en la Meseta Norte, los vacceos hablarían una lengua seguramente de origen celtibérico, aunque ello no quiere decir que no se conservaran restos de lenguas anteriores (principalmente en topónimos) al tiempo que la adopción de la misma puede haber sido consecuencia del proceso constitutivo de la población vaccea, a que hemos hecho referencia anteriormente. Los testimonios indígenas, mencionados antes, demuestran que se dan los de origen indoeuropeo, aunque en pequeño número, en nuestro territorio, lo que viene a corroborar nuestra opinión.

Otro aspecto, finalmente, destacable sería el de la religión, pero la práctica total ausencia de testimonios, hace que nuestro conocimiento en tal campo sea prácticamente nulo.

### III

Con relación al medio físico, vías de comunicación, etc., F. Wattenberg nos ha dejado un completísimo estudio (1959), por lo que remitimos a él para cualquier aspecto que se relacione con estos temas aunque, por nuestra parte, empleemos los datos por él proporcionados, en nuestra argumentación, cuando ello sea necesario.

Interesa dentro de este aspecto hacer referencia, siquiera brevemente, a los límites dentro de los cuales se desarrolla el pueblo vacceo; para ello, transcribimos al mencionado Wattenberg (1959: 49); «La región ocupada por el pueblo vacceo se enclava en la submeseta septentrional y, en líneas generales, centra el territorio delimitado por las Montañas Cantábricas, el Sistema Ibérico, el Sistema Central divisorio y la Montañas Galaico-lusitanas. Viene a

abarcar lo que comúnmente se ha llamado la Tierra de Campos, Torozos, Cerratos y la región meridional de la cuenca media del Duero. Tiene casi una forma exagonal. Esta zona se corresponde con la de la actual provincia de Valladolid, que es toda ella vaccea, y parte de las de Palencia, Burgos, Segovia, Avila, Salamanca, Zamora y León. El centro de todas estas tierras es el punto de unión de los cursos del Duero, Pisuerga y Adaja-Eresma. Una extensión aproximada de 46.000 kilómetros cuadrados, desde el Esla-Cea al Arlanzón, y del Termes al Riaza».

En el ya citado estudio de Wattenberg se pasa revista a las ciudades vacceas mencionadas por las distintas fuentes literarias y epigráficas, y entre las que se encuentran: Bargiacis (Valderas, León), que parece que en época de Ptolomeo era astur, aunque anteriormente fue vaccea; Intercatia (Aguilar de Campos, Valladolid, o también Paredes de Nava (Nieto, 1943: 188)); Viminatium, (en las cercanías de Sahagún); Porta Augusta (Pedraja del Portillo); Autraca (sobre el río Odra); Lacobriga (= ¿Meobriga?, Mayorga de Campos); Avia (Avila); Seponia Paramica (¿Sigüenza del Páramo?); Gella o Tela (despoblado de Fuenteungrillo, en Villaba de los Alcores, Valladolid); Albocella (Toro, Zamora, aunque es también probable su identificación con El Alba. En Villalazán, Zamora, lo que, además, parece más de acuerdo con el testimonio de las fuentes (Martín Valls, 1980: 126-128)); Rauda (Roa); Segisama Julia (Sasamón); Pallantia (Palencia o, lo que parece mucho más probable Palenzuela (Castro, 1973: 417-460)); Eldana (cerca de Palencia); Congium (¿Valencia de Don Juan?); Cauca (Coca); Octodurum (Zamora); Pintia (Despoblado del Bosque, en Cabezón de Pisuerga, Valladolid); Sentice (¿Salamanca?); Sarabris (¿Sábaria?); Septimanca (Simancas); Nivaria (Portillo, Valladolid); Vico Aquario (Castronuevo de Valderaduey, Zamora); Amallobriga (despoblado de Arco Galieno y Grimata, Torrelobatón, Valladolid) y Acontia (Tudela de Duero, Valladolid). (Wattenberg, 1959: 64-87).

Evidentemente, esto no se corresponde ni con las diecisiete ciudades vacceas que cita Plinio (III, 26), ni con el gran número de lugares que, dentro del territorio que correspondió a los vacceos, han proporcionado restos asignables a su cultura (Wattenberg, 1959: 9-126; Palol, 1974). Por todo ello, cabe suponer que, posiblemente, estas ciudades, mencionadas por Plinio, sin duda por ser las más importantes, funcionasen como polo de atracción de las restantes o que, de algún modo, actuasen como portavoces, ante el «conventus cluniensis», de los intereses del resto de las entidades de población vaccea. De la misma forma, puede también suponerse que, ya que en la época en que escribe Plinio la romanización de este territorio está tan poco avanzada, sólo 17 de sus núcleos de población pueden acudir a dicho «conventus», sin necesidad de representar a nadie más que a ellas mismas. La romanización, en efecto, está poco avanzada (Wattenberg, 1959: 74) y, por consiguiente, la urbanización.

Esta urbanización, junto con la dispersión del habitat, es una característica de la región, así como su relativamente elevada densidad de población, Wat

tenberg (1959: 20) calcula, a inicios del siglo II a. C. una población total de 350.000 habitantes, aunque Balil, según indica, basándose en el mismo autor, da una cifra de unos 200.000 (1975: 83), que, repartidos entre los 25.000 kilómetros cuadrados de territorio propiamente vacceo, darían una densidad de población de unos 14 hab./Km.<sup>2</sup> (Watenberg, 1959: 20), notablemente superior, por ejemplo, a la adjudicada por Schulten a los arévacos, sus vecinos occidentales (Watenberg, 1959: 20), aunque, como hemos dicho anteriormente, no parece que esta población se concentrase en grandes aglomeraciones urbanas, sino más bien en castros fortificados dentro de los que, incluso, y a juzgar por el ya citado ejemplo de El Soto de Medinilla, las viviendas estaban bastante separadas entre sí.

Hay que tener en cuenta que la densidad actual del territorio está próxima a los 30 Hab./Km.<sup>2</sup> (Floristán, 1975: 189; Vila, 1968: 194), según datos de 1970, siendo menor entre los cursos del Esla y Pisuerga (15 a 25); al Oeste del Esla, es de 25-50, al Este del Pisuerga 15-25. En la desembocadura del Pisuerga (aglomeración industrial de Valladolid) 100-250 hab./Km.<sup>2</sup> y en la zona de Palencia 75-100; al Sur del Duero, en toda nuestra zona, es prácticamente de 25 a 50 hab./Km.<sup>2</sup> (Lautensach, 1967; map. 21).

#### IV

Sin embargo, no son éstos los aspectos que fundamentalmente nos interesan, sino que lo que pretendemos es intentar llegar a alguna conclusión acerca de la vida social y económica, principalmente basándonos en los testimonios literarios que poseemos.

De entre éstos, sin duda alguna el más importante es uno de Diodoro de Sicilia, autor que actualmente no goza de excesivas simpatías, sin duda por su excesivo apego a los textos que le sirven de fuentes aunque, como veremos, en nuestro caso esto puede, y debe, considerarse más como una ventaja que como un inconveniente. Concretamente, el pasaje corresponde a su «Biblioteca Histórica», V, 34, 3, y que puede traducirse de la siguiente manera: «el más avanzado de entre los pueblos vecinos a éstos (los Celtíberos, de quienes ha estado hablando), es el conjunto de los llamados Vacceos: pues éstos, cada año, distribuyen la tierra arable a los labradores, y poniendo en común sus frutos, entregaban a cada uno su parte, y a los labradores que se apropiaban de alguna parte para ellos mismos, daban la muerte como castigo».

Este texto, prácticamente el único que poseemos para atisbar la organización económica y social, de los vacceos, ha dado lugar a muchas interpretaciones. Quizá la más conocida de ellas sea la de Joaquín Costa. Creo que es interesante volver a su testimonio, en el que también hallamos críticas, a opiniones anteriores a la suya: «Un historiador Siciliano, Diodoro, contemporáneo del Emperador Augusto, que escribió pocos años antes de la era

crisiana, pero cuyas noticias acerca de la Celtiberia están tomadas de autores mucho más antiguos, como Timeo de Tauromenia (siglo III a. C.), Polibio (primera mitad del siglo II) y Posidonio de Apamea (hacia el año 100 a. C.), refiere en su «Bibliotheca» que entre las naciones que confinaban con los Celtíberos la más civilizada era la de los Vacceos (Cuenca del Duero: dieciocho poblaciones o gentes, capital, Palencia); todos los años se distribuían entre sí las tierras de labor para cultivarlas y poniendo luego en común los frutos obtenidos por todos, adjudicaban a cada uno su parte; aquellos que escondían alguna porción de su cosecha, sin aportarla al acervo común, eran castigados con pena capital» (1898: 419-420).

Trae a colación, acto seguido, la interpretación de dicho pasaje dada por Masdeu, en *Historia Crítica de España y de la cultura española*, Tomo III, pág. 154, Madrid, 1785, y según el cual «las familias de aquellos países observaban un método muy particular en la agricultura; en esta ocupación se sucedían unas a otras de modo que debían ejercerla alternativamente, un año éstos, otro aquellos vecinos del lugar o aldea:... los frutos de las cosechas se repartían con igualdad entre las familias y tanto se daba a los que habían gozado del reposo como a lo que se habían fatigado en la campaña». Asimismo, nos presenta la opinión de M. D'Arbois de Jubainville, que en su obra «Les celtes en Espagne», 5 en *Revue Celtique*, XIX, Paris 1893, n.º 4, p. 376, y según la interpretación de Costa, viene a decirnos que dicho autor «reflexiona que el hecho de la distribución de frutos, que habría sido un estímulo a la pereza de los cultivadores, se halla expresado de un modo incompleto o inexacto por Diodoro y tiene por probable que los Vacceos no ponían en común más que una parte alícuota de la cosecha, y que la porción más considerable de los frutos producidos en cada uno de los campos repartidos cedían en beneficios excluidos del respectivo cultivador» (Costa, 1898: 420).

Ante estas opiniones, que Costa considera erróneas, él nos da la suya propia; «Tengo por cierto que ambos han errado y que el texto del autor de la 'Bibliotheca' ha de entenderse a la letra sin buscarle sentido oculto ni retorcerlo con arbitrarias suposiciones: los Vacceos poseían la tierra en común y distribuían los frutos obtenidos de ella entre las familias; únicamente, para evitar los inconvenientes que habrían debido experimentar en las labores ejecutadas en mancomún, individualizaban el trabajo, partiendo el campo en tantas suertes o labranzas como familias había, y encomendando el cultivo de cada una de aquellas a cada una de éstas». (1898: 421).

Otro autor español, anterior a Costa, y que éste no menciona, pero que también trata de este mismo tema, es Paredes Guillén, que, con relación a los Vacceos, «Pueblos de Castilla la Vieja y Galicia», trae a colación la siguiente cita de Masdeu, en «La España Cartaginesa» (tomo I p. 154): «eran de todos los confinantes de los Celtíberos los más cultos (los vacceos). Las familias de aquellos países observaban un método muy particular en la agricultura. En "esta ocupación se sucedían unas a otras, de modo que debían ejercerla alternativamente un año éstos, otro aquellos vecinos del lugar o aldea. Esta Ley

era tan rigurosa que el paisano que tenía atrevimiento de violarla, invirtiendo este orden, y establecimiento, era castigado con la muerte. Los frutos de las cosechas se repartían con igualdad entre las familias, y tanto se daba a los que habían gozado de reposo como a los que habíanse fatigado en la campaña».

Tras esa referencia, Paredes nos dice lo siguiente: «Claro se ve el origen de esta costumbre de guerrear y que no fue establecida para hacer la guerra a los romanos, sino que era la que tenían para defender sus ganados ausentes y sus invernaderos lejanos: en los principios del otoño, según hoy se verifica, gran parte de los habitantes, acompañados de gente armada en los tiempos de guerra, disponían los ganados y emprendían la trashumación a las partes más templadas de la Península. Los que emigraban con los pastores llevaban sus ganados y los de las familias que quedaban encargadas de la agricultura como hacen en el día, que también los que bajan a invernar bajan con los suyos y los ajenos que les encargan, y como no volvían hasta la primavera, no podrían hacer las sementeras, y por esta causa sembraban y cosechaban los granos los que se quedaban, y entregaban a los emigrantes la parte que les correspondía en cambio de haber sido sus pastores aquel año. Al otro año se quedaban al cuidado de la agricultura los que fueron pastores en el año anterior y de este modo los agricultores se esmerarían en el cultivo y procurarían beneficiar a los pastores para que éstos les beneficiasen con sus ganados; estando de este modo garantizados unos y otros de cumplir bien y fielmente cada uno su cometido» (Paredes, 1888: 42-43). Una transcripción casi literal de esta cita también la encontramos en Olmeda (1974: 124-125).

Sólo vamos a hacer, de momento, una observación; aunque la teoría no deja de ser ingeniosa, hay un detalle importante, y es que no es esto lo que dice Diodoro, que no habla para nada de esta alternativa entre agricultura y ganadería. No cabe duda de que esta existiría, pero el cuidado de la misma no requeriría a muchas personas y, además, tampoco era absolutamente imprescindible la práctica de la trashumancia, como ya veremos, en la que se basa la presente teoría.

Antes de seguir con el análisis del texto, y después de haber considerado las opiniones de Costa y Paredes, sobre las que, posiblemente, tendremos que volver, creo necesario decir algunas palabras, primero acerca de Diodoro y luego, sobre todo, acerca de sus fuentes de información.

De Diodoro, cuya vida transcurre, aproximadamente, entre el 80 y el 20 a. C., no se sabe prácticamente nada más de lo que él mismo nos dice en sus obras. Era natural de Agyrium, en la isla de Sicilia (Oldfather, 1933: VII); su obra debió comenzarla, como muy tarde hacia el 56 a. C. y la última mención identificada en la misma es del 36 a.C.(Oldfather, 1933: VIII) ; acerca del motivo para escribir su obra, también es poco lo que se sabe, aunque es probable que, en gran parte, estuviera influenciado por la ideología del momento, de pertenencia a una comunidad universal, bajo la guía de Roma (Oldfather, 1933: XII) El libro V, que es el que aquí nos interesa, se refiere a

las Islas y Pueblos del Occidente, a Rodas y Creta (Oldfather, 1933: XVI). Es muy posible que lo que está intentando presentar no sea más que un resumen de una serie de hechos, que podrían hallarse fácilmente en otras obras; de ahí tal vez el nombre tan poco corriente de la misma: Biblioteca Histórica. (Oldfather, 1933: XVII). Se ha supuesto a menudo que sigue fielmente al mismo autor durante varios capítulos; sin embargo, Oldfather piensa que es muy probable que hiciera una síntesis y, en ocasiones aportase datos propios (1933: XVII); según el mismo autor, su importancia es grande, ya que no cabe duda de que usó las mejores fuentes existentes y las reprodujo fielmente, aunque resumidas, hecho que, a su vez, le privó de un puesto destacado entre los mejores historiadores clásicos (1933: XVI).

Ya hemos visto cuáles son los autores que mencionaba Costa como informadores de Diodoro. De entre ellos, muy posiblemente el que fue empleado para la Meseta Norte fue Posidonio de Apamea, nacido hacia el 135 y muerto hacia el 50 (Pédech, 1976: 141). Según Schulten (1952:4), y aunque él estuvo en la Península, concretamente en Cádiz, para describir la parte de la Meseta septentrional, emplea a Polibio (208-126 a.C.), que conoció personalmente el territorio; pero estos datos, en ocasiones extraños o chocantes, y que no renuncia a utilizar, han sido elaborados de forma diferente a la que lo han hecho sus predecesores, de tal manera que «il relève aussi l'influence du milieu sur l'alimentation, sur la mentalité, sur la densité des agglomérations. La pauvreté du sol entraîne un habitat dispersé et des mœurs sauvages, comme chez les Celtibères; la montagne impose la sobriété aux Lusitaniens. L'histoire même devient, dans la pensée de Posidonius, un facteur géographique... Ces exemples, qu'on pourrait multiplier, montrent combien est riche la pensée géographique de Posidonius; elle s'est appliquée à l'ensemble des phénomènes et en a reconnu la complexité et l'enchevêtrement. Mais sa véritable originalité est d'avoir cherché à les classer et à les ordonner; d'avoir montré leurs dépendances, leurs connexions et leur hiérarchie». (Pédech, 1976:149). Por consiguiente, retendremos, por el momento, dos hechos, cuya importancia se verá más adelante:

— El testimonio de Diodoro, muy posiblemente tomado de Posidonio (que lo habría, a su vez, tomado de Polibio, aunque ordenándolo y adaptándolo a su propio esquema y concepción de lo que para él sería la geografía descriptiva) se nos ha transmitido, sin duda, incompleto, y privado por Diodoro del contexto en el que, seguramente, se encontraba, para situarlo como hecho curioso.

— Posidonio, conocedor de la obra de Polibio habrá transmitido esta noticia con alguna finalidad concreta que, sin embargo, no conocemos. Por otra parte, y si hemos de hacer caso de lo que opina Pédech (1976:148) acerca del mismo, la descripción de esa peculiaridad vaccea quedaría explicada en la obra de Posidonio, como consecuencia de unos factores tales como el clima, el suelo y la historia; estos datos, como hemos dicho, no parece que fueran conocidos por él directamente (aunque tampoco hay que descartar que en

Cádiz, o algún otro sitio, pudiera ser informado por alguien de ellos), sino a través de Polibio. No obstante, y si aceptamos nuevamente la opinión de Pédech acerca de la obra de Polibio, éste no trata de buscar relaciones de causa a efecto, «mais plutôt juxtaposition d'éléments descriptifs associés en vue d'individualiser un espace d'après ses diverses fonctions, telles que productions, exploitation, modes de vie». (1976:124). Es decir, que mientras que Polibio proporciona una serie de datos de territorios concretos, Posidonio emplea y elabora esos datos concretos para llegar a una determinada conclusión. Por último, y aunque es obvio, no debe dejar de mencionarse el hecho de que, por lo dicho, el testimonio, incompleto, creemos, que nos transmite Diodoro, corresponde, como muy tarde, a mediados del siglo II a. C. y sería algo que el propio Polibio viese y comprendiese, para poderlo luego referir.

Una vez hechas estas precisiones, vamos a repasar una serie de interpretaciones más modernas que acerca del texto de Diodoro y el «colectivismo agrario» de los vacceos se han ido dando durante el presente siglo; no pretendo ser exhaustivo, aunque sí creo que podré presentar una visión más o menos completa de cuáles son y han sido las opiniones que sobre dicho tema pueden hallarse, habida cuenta, principalmente, de que algunas de ellas han gozado de tanta aceptación que han sido incorporadas por distintos estudiosos a sus respectivos trabajos.

Si empezamos este recorrido por el investigador alemán Adolf Schulten (1914:149), nos encontramos que, para él, el «comunismo de los vacceos se apoya en el linaje, y aporta el paralelo de las «gentes et cognationes» germanas que, al parecer, son la base entre ellos del comunismo agrario. El hecho de que la comunidad en general, se apoye sobre los vínculos familiares es algo, según el propio Schulten, que también sucede entre los celtíberos, así como la costumbre, atribuida a los vacceos por Eliano (de nat. anim. 10, 22), de que incineraban a los que habían muerto de enfermedad, ya que consideraban la muerte natural poco honrosa, mientras que a los muertos en el combate, los dejaban devorar por los buitres, considerados sagrados y que, según el propio Schulten (FHA, VIII: 330-331), es mencionada por Silio Itálico (III, 341-343), entre los celtíberos, suponiendo que ambos testimonios derivan de la misma fuente, a saber, Posidonio. Se nos habla, igualmente, y a pesar de las acciones bélicas emprendidas por dicho pueblo, de su carácter, con mucho, menos guerrero y salvaje que el de los celtíberos. Por otras fuentes, se nos informa que en la cima de la comunidad se colocaba un rey (Livio, 35, 7) o los ancianos (Appiano, Iber, 52).

Ramos Loscertales nos da una visión bastante sugerente, empleando un testimonio epigráfico bastante conocido, aunque partiendo de la premisa de que los vacceos son celtas, opinión de la que, como hemos indicado, discrepamos. Leámoslo en sus propias palabras: «La interpretación usual de este pasaje (Diodoro, V, 34, 3) desemboca en la concepción de un comunismo primitivo entre los vacceos». Para llegar a una mejor comprensión del texto de Diodoro debe relacionarse, según él, con la inscripción del pretor de la

Ulterior L. Emilio Paulo (189 a. C.), relativa a «la situación jurídica de los siervos públicos de la 'civitas' de Hasta, habitantes de la torre de Lascuta. El 'oppidum' hastense fue un centro de población turdetana conquistado por Celtas, y una de las explotaciones agrícolas sitas dentro de su 'territorium', la torre lascutana; es decir, que esta pequeña aldea, con su fortificación y su 'ager' y sus pobladores estaba en el dominio público de Hasta, no en el privado de alguno de sus ciudadanos. Entre los Celtas establecidos en el extremo sur de la Península encontramos, pues, probada, la existencia de la propiedad pública de la tierra laborable, así como la de una clase servil de cultivadores originaria de la población sometida». Seguidamente esta situación es equiparada a la existente entre los vacceos: «Los vacceos no se mezclaron, probablemente, con la población indígena al establecerse en una parte considerable de la actual Tierra de Campos, tal como lo hicieran otras tribus celtas en el Sistema Ibérico, sino que la sometieron, como en el sur, apropiándose del territorio, el cual quedó convertido en propiedad del Estado. Los organismos de éste eran quienes procedían al reparto anual, no de toda la tierra, sino de la laborable, y no entre los contributos, sino entre los cultivadores de la población indígena sometida, hay que suponer. Es que no puede echarse en olvido cuando se interpreta la frase: «Aquellos de los campesinos», que la tribu de los vacceos estaba formada por guerreros, dominadores por virtud de la conquista de una población preexistente, ni que su principal fuente de riqueza para cubrir las necesidades de alimento, vestido e intercambio comercial era la ganadería y no la agricultura, ni que la aplicación fundamental de su actividad estaba orientada hacia la guerra, puntos de vista que imponen la interpretación propuesta, de acuerdo, además, con el bronce de Lascuta» (1941: 9-10).

Antes de seguir, me permito hacer dos observaciones. En primer lugar, no parece haber duda en la existencia de un sistema de dependencia en el territorio de Hasta, según se desprende del bronce de Lascuta, y según se reconoce en algún trabajo reciente (Mangas, 1980: 275). Todo el argumento de Ramos se basaba en la condición céltica de los habitantes de Hasta y de los vacceos por lo que habría que pensar, según él, que ante circunstancias similares, la reacción sería similar. No creo que pueda probarse que Hasta sea un enclave celta en territorio turdetano, como tampoco creo que pueda demostrarse que las circunstancias de una población sometida, en el caso de Hasta, puedan equipararse a las existentes en la Meseta Septentrional.

La segunda observación se refiere al propio espíritu del texto de Diodoro. Si nos dice Estrabón, que en parte, y a lo que parece, para hablar de la Meseta, sigue a Posidonio, de que la misma es sumamente mísera, y sus habitantes salvajes (III, 4, 13), haciendo especial hincapié en los celtíberos, y el mismo Posidonio nos transmite, vía Diodoro, que los vacceos son los más civilizados de los vecinos de los celtíberos, creemos que se nos está queriendo decir que presentan considerables diferencias con ellos. Por esto mismo, no creemos aceptable la opinión de que su principal actividad era la guerra (aun

que no cabe duda de que la practicaron), ni la ganadería, pues, según Diodoro, lo que les distinguía principalmente de sus vecinos era la agricultura. Por otra parte, también habría que matizar lo que se considera como «pueblo guerrero», lo cual nos llevaría bastante tiempo. Pero ¿puede ser considerado como tal, aquel pueblo que, como los vacceos, se limitaban, en la mayor parte de los casos, y según los testimonios de las fuentes, que comentaremos después, a defenderse de las agresiones exteriores?.

Podemos seguir ahora, tras este inciso, con las observaciones de Ramos Loscertales, referidas al origen de esta peculiaridad del pueblo vacceo: «El mantenimiento de la propiedad territorial pública a través de los siglos entre este sector de los hispano-celtas, representa la perseverancia de la costumbre propia de un pueblo emigrante, aun después de su asentamiento definitivo, la de obtener la cosecha popular necesaria para proseguir la emigración, sobre tierra pública indiferenciada, desde el punto de vista de la apropiación gentilicia o familiar, perseverancia acaso sostenida por necesidad de índole económica o política que escapan al conocimiento actual por falta de la documentación necesaria.

En suma, uno de los factores que arraigan más profundamente a los grupos humanos al territorio que habitan, el de la propiedad territorial privada, gentilicia o familiar, no existió en un núcleo importante de los celtas españoles en el siglo II a. C., perseverando en cambio, entre ellos, un uso típico de pueblo emigrante: el de la cosecha popular obtenida sobre suelo público; siendo menos importante a nuestro propósito el otro dato de quién obtuviera la cosecha para ellos» (Ramos, 1941: 10).

Ramos trata de demostrar la existencia de emigrantes vacceos, sometidos por Graco, a partir del texto de Frontino (179-178 a. C.), principalmente basándose en que dicho texto menciona carros, lo que es interpretado por él como que se trata de un contingente migratorio (1941: 12-13).

Opinión sumamente interesante es la que nos proporciona Caro Baroja en un trabajo del año 1943, y que será posteriormente matizada por él mismo en una de sus obras principales.

Hay que destacar que, según la ya clásica división en áreas culturales de la Península Ibérica empleada por Caro Baroja, y por un gran número de autores después de él, el territorio vacceo constituye, por sí mismo, una de estas áreas, concretamente el «área de cultura colectivista, agraria, del valle del Duero Occidental»; la existencia de unas culturas colectivistas es un hecho que aparece en otros lugares y que «son algo ni muy viejo ni producido por especiales teorías idealistas y humanitarias. Porque cuando una vieja cultura agrícola se funde con otra pastoril en determinada área y se crea el cultivo con arado, que luego se extiende a áreas mayores, es cuando empiezan a roturarse extensiones de tierra muy considerables y cuando el trabajo familiar en reducida escala resulta aún más insuficiente que en fases anteriores. Este régimen-implica la existencia de grandes graneros y almacenes en que depositar las cosechas, y tales almacenes no hacen sino excitar la codicia de los pueblos